



SANTIGUADORA,
(SERIE LA LLUVIA II).

Texto:

Santiago J. Henríquez Jiménez

EL DRAMA DE UNA ECONOMÍA.

Santiago J. Henríquez Jiménez

Antonio Padrón (1920-1969), con toda su coherencia geométrica, experimentación y motivos de significación espiritual, ejecutó una obra que, con el paso del tiempo, ha ido adquiriendo una mayor consistencia –y espacio- en la historia socio-cultural de Canarias del segundo tercio del siglo XX. De horizontes recortados por el aislamiento, la insularidad y los efectos de la posguerra, de figuras anhelantes, curtidas en su mayor parte por el sol y el trabajo agrícola, pose de indicios cubistas y articulaciones emotivas de la vida cotidiana, la construcción pictórica del artista galdense es tan intelectual como expresionista, más experimentada, quizás, por él mismo, que, irreal o teóricamente aprendida de los libros. En “La quesera”, “Mujer con jaula”, “Niña con velas”, “Aguadoras”, “Santiguadora I”, “Ceramista” o “Niños buscando nidos”, entre otros, hay tanto una consolidación pictórica como una representación intensa y extraordinaria del hombre. Los personajes se fabrican frente a una especie de dispersión de energías, medios de subsistencia y oficios implicados en el progreso de la tierra. Cada uno/a de ellos/as muestra un informe fidedigno, aislado y completo de la imagen de nuestros campos que, en la obra de Padrón, desprende conjuntamente algo de crítica y mucha añoranza... cambiando, el pintor, la óptica, formas y colores del modelo original. Desde el citado contexto, este tipo de asuntos alienta a que, con más ayuda, podamos aproximarnos al lienzo que lleva por título “La lluvia II”.

La figura que, verticalmente ubicada sobre algún páramo de estos alrededores – probablemente de los alrededores de Gáldar -, y que aparece con el cuello diametralmente reclinado sobre su propio cuerpo,

obligándose, con este elevado gesto, a adoptar una posición forzada y poco natural, manifiesta vitalidad, endurecimiento del ánimo y una extraña armonía que, aun de carácter momentáneo, resulta igualmente inspirada en la desgracia de una larga sequía, como en la esperanza de la concreción del agua. La uniformidad cromática que conforma la escena unida a la mirada esperanzadora de la imagen, dan a entender el paso ligero de algún nubarrón que sólo genera ilusiones y fantasías, pero que no termina por descargar el preciado elemento y mucho menos hace pensar en la prosperidad de los campos y en el bienestar de los campesinos. En los años del calvario autárquico (1936 – 1960), la mayor parte de actividad agrícola insular estaba estrictamente dispuesta en un marco comarcal; su dinámica era escasamente innovadora, siendo el minifundio uno de los medios de explotación de la tierra más extendidos. A la figura que ocupa la centralidad del citado lienzo de Antonio Padrón, le preocupa, sobre todo, el autoabastecimiento. La alta o baja productividad de sus tierras está relegada a un segundo plano, como relegados en importancia están los supuestos del coste de su mercancía agrícola, los precios y la calidad de los bultos. La jarra que porta en una de sus manos invita a pensar en un reparto más generoso de la riqueza del agua, en la mejora de la explotación de los pozos, en el acceso del fluido elemento a zonas de secano y en la terrible situación de aislamiento que, aun a principios de los años sesenta, padecían algunas poblaciones y familias a las que no llegaba la infraestructura de los regadíos y la dependencia de la lluvia se convertía en la única esperanza eficaz.

“La Lluvia, II” es, por esta razón, un retrato de familia. Habla de los ingresos monetarios de los agricultores, de cuáles eran sus bienes y sus necesidades elementales. Afortunadamente, la precaria situación laboral, los años de sequía y las difíciles condiciones salariales de una buena parte

de los campesinos de las islas, estaban siendo equilibrada, desde los años cincuenta, con el Plan de Estabilización, la Ley de Inversiones Extranjeras y la apertura de Canarias hacia el comercio internacional. Ello no quita para que nuestro pintor siguiera incorporando figuras y situaciones alejadas del protagonismo de los planes, leyes, acuerdos y tributos estatales dispuestos a mejorar la estrategia agrícola de las dos provincias. El alcance de los citados acuerdos no llega a nuestro gris y, tal vez, azulado personaje de "La Lluvia, II". Su rostro difiera de lo cualitativo del progreso urbano y portuario de Las Palmas; en una de sus manos aparece una jarra de agua vacía que tan sólo refleja la sequedad de la tierra, la inactividad y la falta de correspondencia entre lo que nuestro campesino quiere y lo que el cielo le da. Con su otra mano recuerda que, en todo el invierno, ha caído una sola gota de agua –"¡cuatro meses sin llover...!"-

El campesino de "La Lluvia, II" es, pues, un incono inspirador de nuestro carácter ancestral. Aquí no hay civilización tecnológica, potencias industriales en movimiento o ritmos agrícola mecánica. El único material manufacturado es la jarra que, dicho en otros términos, representa la sed que padece nuestra figura. Enteramente independiente, imaginada en la soledad de los campos y temporalmente momificada, su manera de pensar, de actuar, de percibir y de vivir, era la de todos... exactamente la de todos aquellos que, de conciencia esperanzada, sufrieron, en cambio, años de oscuridad, pobreza y desilusión.